

" E N R I Q U E "

Comedia Dramática

Para el Concurso "Ricardo Miró",  
Sección Teatro.

Pseudónimo: "TUTUPEY"

Personajes, según el orden en que intervienen:

ENRIQUE

VOZ RONCA

VOZ FIRME

VOZ NERVIOSA

VOZ DE MUJER (María)

TOMAS

TIA 1ª

TIA 2ª

MARIA

GONZALEZ

UNO (Oficinista)

RIGO

MUCHACHO

EXTRANJERA

ALGUNO

OTRO

(Oficinistas)

Y OTRO

ALGUN OTRO

MUJER DE LA LIMPIEZA

CAMARERO

VILLALOBOS

PRIETA

VOZ DEL TELEFONO

Y COMPARSAS

Tiempo: actual.

Lugar: Panamá.

Los altavoces, todos ellos visibles y conspicuos, estarán distribuidos en la sala del público de la siguiente forma: Uno en la parte delantera del techo. Otro en la parte trasera del techo. Otro al pie del proscenio. Y otros, inferiores, -varios- a ras del suelo alrededor de la sala. Cuando las voces salgan por cualquiera de los tres primeros altavoces han de poder ser perfectamente localizables. En cambio, cuando salgan a través de los inferiores distribuidos alrededor del piso -que estarán conectados a un solo micrófono- tendrán un efecto envolvente de tipo íntimo y profundo.

(Telón. Modesta habitación. Puerta de servicio. Ventana. Cama. Mesa. Teléfono. En algún sitio, dos maletas, una grande y otra pequeña. Enrique se nos aparece como uno uno de esos hombres jóvenes completamente insignificantes que vemos en los bancos. Es delgado, nervioso. Usa anteojos. Su ropa, comprada hecha, le queda mal. Todo él es una cosa grotesca, casi cómica, trágica. Comprende que tiene que empaquetar y abre la maleta grande. Pero está muy nervioso. No puede. Se sienta. Tamborilea sobre la mesa. Se muerde la uñas. Coge una revista e intenta leer. Está pendiente de su reloj y del teléfono)

VOZ RONCA.- (Por el altavoz trasero del techo. Es una voz oscura, sensual) Ja, ja. Miralo cómo está. Parece como si estuviera lleno de hormigas.

VOZ FIRME.- (Lo mismo. Es una voz ambiciosa, reflexiva) Déjalo, hombre, déjalo. Después de todo no es para menos.

V. RONCA.- No. Si lo que me da risa es que simule leer. Miralo.

(Enrique deja de leer, se levanta, se pasea, se vuelve a sentar a revisar unos papeles que traía en el bolsillo y a sacar unas cuentas. Siempre pendiente del reloj y del teléfono)

V. RONCA.- Vaya, por fin la deja. Ja, ja. Qué nervios. Fíjate, fíjate lo que hago.

(Enrique se rasca de pronto la frente como si le hubiera dado ahí una punzada)

V. RONCA.- Ja, ja.

V. FIRME.- ¡Déjalo, hombre!

V. RONCA.- Mira quién está allá, con él.

V. FIRME.- Sí. No se ha separado de él en todo el día.

V. RONCA.- (Más alto) Oye, tú, ¿qué tal va ese trabajo?

VOZ NERVIOSA.- (Por el altavoz delantero del techo. Es una voz chillona, amarilla) ¿Qué quieres?

V. RONCA.- ¿Qué tal va ese trabajo? (Pausa. No le contesta. Más bajo) ¡Cobarde! Es un cobarde miserable.

V. FIRME.- Ya te hablaré de él. No lo molestes ahora.

V. RONCA.- Con la excusa de que lo cuida y lo protege no lo deja hacer nada. ¿Recuerdas aquella extranjera que llegó al banco el mes pasado, y que casi lo estaba invitando descaradamente...?

V. FIRME.- Ahora no hables de eso.

V. RONCA.- Por miedo. Hubiera podido ser una aventura, pero no, que el cobarde este comensó a decir que esto que lo otro... Hombre, sin ir más lejos, anoche mismo, en la cantina. Pues ni porque estaba borracho se descuidó de (Sarcástico) "protegerlo".

V. FIRME.- Sí, pero no hables de eso, te digo. ¿No ves cómo está el pobre? Saca cuentas. Y no se equivocará en un real. No puede acostumbrarse a ser rico. Me da un poco de lástima, ¿sabes? Es tan poca cosa, tan...

V. RONCA.- Tan poco digno de nosotros.

V. FIRME.- No, hombre, no. No es eso. No es culpa suya. Es que lo educaron mal, lo anifiaron mucho.

V. RONCA.- Lo hicieron una niña las viejas esas.

V. FIRME.- Bueno, pero no te quejes. Gracias a eso te encuentras ahora tan poderoso.

V. RONCA.- Pero poderoso, fuerte, porque he tenido que luchar toda la vida contra él.

V. FIRME.- Por lo que sea. Lo cierto es que si te hubiera dado rienda suelta te habrías quedado débil y flaco. Estarías agotado a estas horas.

V. RONCA.- Pero contento. ¡Caray, qué de mujeres...! Si cuando me acuerdo de lo que pudo haber sido mi vida me dan ganas de bajar a romperle las tripas. ¿De qué me sirve ser ahora tan fuerte si sólo trato con... sueños? ¿De qué me sirve?

V. FIRME.- No te quejes, hombre. Valientes bacanales que te das todas las noches mientras el otro duerme.

V. RONCA.- Je, je. No me quejo. Y tú, tú tampoco debes hacerlo, ahora...

V. FIRME.- Tampoco yo me quejo... ahora.

V. RONCA.- Ahora todo va a cambiar. Cuéntame, cuéntame cómo fue lo del banco.

V. FIRME.- No, aquí no. Vámonos a otro sitio.

V. RONCA.- Aquí estamos bien, no nos oye.

V. FIRME.- Sí, nos puede oír, y el pobre no quiere ni recordar lo que ha hecho. Miralo cómo se ha puesto ahora. (Enrique está completamente postrado, la cara entre los brazos) Y tampoco quiero que nos oiga el cobarde aquel.

V. RONCA.- Bueno, Vente por aquí.

V. FIRME.- ¿Por dónde?

V. RONCA.- Por aquí, Salta. (Se oye el golpe con que cae a los altavoces inferiores. A través de ellos) Así. ¿Ves? Salta tú también, anda.

V. FIRME.- Está muy oscuro ahí abajo.

V. RONCA.- Salta. No tengas miedo. Yo esto por aquí lo conozco muy bien.

V. FIRME.- Bueno, allá voy. (Salta)

V. RONCA.- ¿Ves?

V. FIRME.- Sí, aquí sí que no nos oírás.

V. RONCA.- Qué nos va a oír. ¿Tú no conoces por aquí?

V. FIRME.- Sí, sí. Muy bien. Pero yo entro por otro sitio.

V. RONCA.- ¿Es que hay otra entrada?

V. FIRME.- Sí, por el otro lado. Mucho más cómoda que esta. Ven, te enseñaré. Cuántos sueños de poder no se han fraguado aquí debajo.

V. RONCA.- Y de aventuras con mujeres. Ja, ja.

V. Firme.- Abre. Abre eso. (Se oye el latir de un corazón inmenso por los altavoces inferiores) El corazón. Miralo cómo tiembla todavía, cómo suda. Hoy me pasé toda la mañana empujándolo. (Transición) Mira, ¿ves?

V. RONCA.- Sí, sí. (Transición) Oye, pero, ¿por qué tiembla tanto? Eso no es normal.

V. FIRME.- Es la ansiedad. Espera una llamada por teléfono. De un tal Villalobos. Ya te explicaré. La ansiedad, y el miedo, claro.

V. RONCA.- Seguro que está el tipo ese de arriba atormentándolo con sus precauciones.

V. FIRME.- Sí, seguro. Pero hay que dejarlo por ahora.

V. RONCA.- Bueno, ahora cuéntame cómo fue lo del banco. Tengo mucha curiosidad.

V. Firme.- Aquí no. Me molesta el ruido, y hace mucho calor. Salgamos. (Pausa) Cierra bien, que no se oiga. (El latir del corazón deja de oírse) Sí, así.

V. RONCA.- ¿Me lo vas a contar ahora o no?

V. FIRME.- Pues mira, tenía ya tiempo de estar preparando el golpe. Lo he meditado mucho, por mucho tiempo.

V. RONCA.- Tú también eres de los reprimidos.

V. FIRME.- De los maniatados. De los alimentados sólo con esperanza. De los que había que esconder, disimular, para que la gente no viera. Pero la esperanza alimenta bien, engorda. Eso es lo que la gente no sabe. Y ahora soy fuerte, y me abriré paso, y seré libre. Esta mañana he dado el primer paso, y debo decirte que con todo éxito.

V. RONCA.- Cuéntame cómo fue. ¿Estás seguro de que no los vió nadie?

V. FIRME.- No. Nadie. ¿no te digo que he tenido mucho tiempo aquí en la oscuridad para planearlo? Todo salió perfectamente bien. No se darán cuenta del desfaleo hasta dentro de unos veinte días, y para entonces estaremos lejos de aquí, en el extranjero.

V. RONCA.- ¿En el extranjero, dices?

V. FIRME.- Sí, lejos de aquí. Hemos hablado ya con un hombre que nos va a proporcionar un pasaporte falsificado, de manera que ni rastro dejaremos. Si no hubieras estado tú anoche tan ocupado fijándote en esa Prieta sabrías todo esto.

V. RONCA.- Bueno, bueno, pero cuéntamelo.

V. FIRME.- Pues que ese hombre es el que tiene que llamar por teléfono para decir dónde hay que ir a recogerlo, el pasaporte. Una vez hecho eso, en tren inmediatamente a Colón, y de ahí al extranjero. Esa es la llama-

da que lo tiene tan nervioso.

V. RONCA.- ¿Y por qué no ha llamado?

V. FIRME.- Todavía no es hora. Llamará. Se lo va a pagar muy bien. El dinero lo puede todo, amigo, todo.

V. RONCA.- ¿Y cuándo es el viaje?

V. FIRME.- Pasado mañana, el jueves. Pero a Colón esta misma noche. Por eso hace las maletas. Todo está listo.

(En efecto, Enrique se había puesto a empaquetar su ropa y demás enseres. Sus movimientos deban estar circunscritos a un corto radio de acción. Su tarea es la de ocupar los ojos del espectador pero no su atención)

V. RONCA.- Pero, ¿no se darán cuenta en el banco, al ver que falta?

V. FIRME.- No, no. Todo está pensado. Esta mañana era el último día de trabajo. Mañana comienzan sus vacaciones.

V. RONCA.- ¿Y cuánto fue lo que...? ¿Cuánto dinero fue el que...?

V. FIRME.- No te preocupes. Bastante.

V. RONCA.- Ya sé que eres ambicioso. Pero, ¿crees que habrá lo suficiente para... divertirse?

V. FIRME.- Sí, sí. Habrá muchas mujeres para ti, mucha diversión, no te preocupes. Y para mí, para mí habrá poder, dominio.

V. RONCA.- ¿Y para cuánto tiempo alcanzará ese dinero?

V. FIRME.- Te hartarás antes de que se acabe.

V. RONCA.- ¿Tú crees? Que son muchas las ganas guardadas.

V. FIRME.- Ya lo verás. Y además, éste es sólo el comienzo. Había que hacerle dar este paso para que se comprometiera y nos fuera más dócil de ahora en adelante. De ahora en adelante debemos nosotros llevar las riendas. Por eso no quería hablarte donde él nos pudiera oír. Había que hacerle creer que sólo por esta vez tenía que ceder a la ambición, y no conviene que sepa todavía nuestros verdaderos propósitos.

V. RONCA.- ¿Nuestros verdaderos propósitos? ¿Cuáles son?

V. FIRME.- El gobierno absoluto. La libertad.

V. RONCA.- Sí, la libertad. La libertad para poder tener aventuras y divertirse.

V. FIRME.- Y tener poder, y dinero. Mucho dinero. No esos miserables centavos del sueldo.

V. RONCA.- Sí, sí, mucho dinero, para aventuras, y diversiones. Ja, ja.

V. FIRME.- (Transición) Pero tenemos un enemigo entre nosotros.

V. RONCA.- ¿Un enemigo? ¿Entre nosotros? ¿Quién? ¿Cuál?

V. FIRME.- El tipo ese de arriba que se dedica a cuidarlo del peligro. (Sarcástico) A "conservarlo", como dice él.

V. RONCA.- Pero, ¿por qué? ¿Por qué enemigo?

V. FIRME.- ¿Que por qué enemigo? ¿Y no lo sabes tú que eres al que más mal hace?

V. RONCA.- ¿A mí?

V. FIRME.- ¿Y lo de la extranjera aquella? ¿Y lo de anoche?

V. RONCA.- Hombre, pues en lo de anoche sí tenía razón. En lo que sí no había peligro era con la extranjera. Pero...

V. FIRME.- No hay pero que valga. De nada servirá tener dinero si ese tipo le aconseja tanto cuidado y lo mantiene en constante miedo. Todas las aventuras tienen su riesgo, y con miedo no se puede hacer nada. Por lo menos nada de lo que, tanto tú como yo, pretendemos. ¿No estás de acuerdo conmigo en eso?

V. RONCA.- Sí, sí, claro, pero... pero, ¿qué vamos a hacer? (Pausa. No recibe respuesta) Pero, ¿quién se encargaría de su trabajo, de, cuidar? Podría suceder una desgracia.

V. FIRME.- No pasará nada. Tú y yo nos encargaremos de cuidarlo y de aconsejarlo. Tú y yo seremos los amos.

V. RONCA.- No sé. El es muy vivo. No será fácil apartarlo de su lado.

V. FIRME.- Lo engañaremos, le pondremos una trampa.

V. RONCA.- No sé. No sé.

V. FIRME.- Yo sí sé. Lo tengo pensado. Apenas estemos en el extranjero gastaremos el dinero en vivir lujosa y cómodamente. Se sentirá más seguro ahí, no como aquí, en esta constante lucha por la vida, con ese sueldo miserable. Allá lo haremos sentirse seguro, para que no le preste tanta atención a sus consejos cobardes. Entonces... nosotros. ¡Calla! (Pausa. Silencio)

V. RONCA.- ¿Qué pasa?

V. FIRME.- ¡Calla! (Pausa) ¿No oíste nada?

V. RONCA.- No. ¿Qué cosa?

V. FIRME.- (Alto) -¿Quién está ahí?

V. RONCA.- ¿Dónde?

V. FIRME.- Ahí, ahí debajo. Algo se movió. Alguien nos ha oído.

V. RONCA.- No hay nadie. Además, déjalos que aigan. Ya todos saben lo que ha pasado.

V. FIRME.- Sí, pero no conviene que sepan nuestros planes todavía. ¡Mira, allá va corriendo; ¡Es una mujer!

V. RONCA.- Ja, ja. Sí, sí. Déjala.

V. FIRME.- ¿Sabes quién es?

V. RONCA.- Sí, sí. Es un recuerdo. La novia de él, la del pueblo. Es una tonta. Ahora es mía. Ja, ja.

V. FIRME.- No la vi bien, pero no parece que estaba mal ¿eh?

V. RONCA.- No, no está mal. Estas campesinas son saludables y bien proporcionadas. Te la presto, si quieres.

V. FIRME.- ¿Una campesina? No, gracias. Tiro a más alto.

V. RONCA.- Sí, se me olvidaba: Tú eres ambicioso. Pues yo no, cualquier cosa me satisface. Y ésta no está mal. Por lo menos la tengo para mí solo. Cuando me canso se la presto a los muchachos.

V. RONCA.- El la tenía olvidada y me la he traído para acá. Aquí me sirve, y a los míos. Los otros deseos, tú sabes.

V. FIRME/- ¿No se lo dirá a él, lo ha oído?

V. RONCA.- No, no. No hay cuidado. Ella no se le puede ni acercar; no la dejarían los otros. Está absolutamente aislada de él. Para él, como si no existiera, como si nunca hubiera existido, en absoluto olvido.

V. FIRME.- ¿Estás seguro?

V. RONCA.- Te digo que sí. Sigue contándome nuestros proyectos.

V. FIRME.- No hay nada más importante. Te lo he contado todo. Y no estoy tranquilo. Esa mujer puede ir a decirle lo que ha oído.

V. RONCA.- Te digo que la ha olvidado completamente.

V. FIRME.- Pero se le puede aperecer, en sueños.

V. RONCA.- Bueno, bueno. Espera. (Alto) -¡Oye, ven acá; ¡Ven acá; ¡Que vengas acá, te digo! -Espera, voy a traerla. Te convencerás. (Pausa. Por el altavoz trasero del techo) -¿Qué haces tú aquí tan arriba?

VOZ DE MUJER.- (Lo mismo) Nada.

V. RONCA.- Ven, baja conmigo.

V. DE MUJER.- Déjame estar aquí, por favor. No haré nada.

V. RONCA.- Para estar más cerca de él, ¿verdad? Tonta. ¿No ves que él te ha olvidado.

V. DE MUJER.- No importa, déjame estar aquí.

V. RONCA.- No, no, Vamos. Baja. Eres capaz de salirte con la tuya e ir a verlo.

V. DE MUJER.- ¿Cómo voy a salir, con tus esbirros por todas partes? Déjame aquí, por favor. No haré nada. No le diré nada.

V. RONCA.- Conque oíste, ¿eh? ¡Vamos, adentro!

V. DE MUJER.- ¡No! ¡Déjame! ¡No me toques! ¡Sucio!

V. RONCA.- Ah, fierecilla esta. ¡Venga, he dicho! Guarda para más tarde esa furia. ¡Venga! ¡Caramba, le he dicho que baje! (Con esta última frase se van alejando para luego venir acercándose por los altavoces inferiores) -¿Has visto a la fiera esta? Si no fuera porque así me gustan a mí...

V. FIRME.- ¿Había oído algo?

V. RONCA.- ¡A ver! ¿Qué fue lo que oíste?

V. DE MUJER.- Nada. Nada.

V. RONCA.- ¡Dí la verdad! ¿Qué alcanzaste a oír?

V. DE MUJER.- Nada. No oí nada. (Transición) Espera, diré la verdad. Estoy dispuesta a hacer un trato con ustedes.

V. RONCA.- ¿Un trato con nosotros? ¿Tú? Ja, ja.

V. FIRME.- Calla. ¿Qué trato? Habla.

V. DE MUJER.- Ustedes hacen que él devuelva el dinero y abandonan esos proyectos perversos de los que hablan y yo no le diré nada a él. Al con-

trario, haré que los trate mejor, que les dé más atención y libertad. Por lo que se refiere a ti, se casará, tendrá esposa...

V. RONCA.- Seguramente una campesina, ¿eh? Ja, ja. Como tú. Ja, ja. Sabe que ahora tiro a más alto.

V. DE MUJER.- Estarás contento, te lo aseguro. También las campesinas...

V. RONCA.- Sí, sí, me consta. Ja, ja.

V. DE MUJER.- Y por lo que se refiere a usted, pues tendrá poder sobre sus hijos, autoridad. Y sobre su esposa.

V. FIRME.- ¿Y si no aceptamos tu trato?

V. RONCA.- No le hagas caso a esta loca.

V. FIRME.- Calla. -¿Si no aceptáramos? ¿Qué? Dime.

V. DE MUJER.- Si no aceptan se lo diré todo a él, y él los aniquilará.

V. RONCA.- ¡El, aniquilarnos a nosotros? ¿Qué esperanza! Ja, ja.

V. DE MUJER.- Por lo menos les haré la guerra, tendrán que esconderse, disfrazarse; los martirizaré, aunque también él sufra por ello. Pero estoy segura de que antes preferiría sufrir que verse esclavo de pasiones tan bajas como ustedes.

V. FIRME.- ¿Por qué crees que nosotros queremos hacerlo esclavo? Es una ingratitud decir eso, cuando somos nosotros precisamente los que más nos preocupamos por su dicha.

V. DE MUJER.- ¡Lo sé todo! No crean que me engañan. Sé que usted lo quiere hacer un criminal, un ladrón, para tener poder. -Y que tú, tú, cochino...

V. RONCA.- Te voy a ... (Ruido de bofetada)

V. DE MUJER.- ¡Sí, cochino, puerco! ¡Tú quieres hacer de él un mujeriego, un perverso! ¡Pero no los voy a dejar! ¡Se lo diré a él! (Llora)

V. FIRME.- No llores. Todavía no sabes si aceptamos ese trato que nos propones. (El llanto de la mujer cesa) Eso está mejor. No llores.

V. DE MUJER.- ¿Aceptan entonces?

V. FIRME.- Hay que pensarlo detenidamente, con mucha calma. Nosotros, tú sabes, tenemos años de vivir aquí, encarcelados. Y esto no puede seguir así.

V. DE MUJER.- No ha sido culpa suya. Fue el ambiente en que vivió. Las tías esas solteronas llenas de prejuicios. Ellas lo hicieron sentirse avergonzado de ustedes, y no servirse de ustedes ni darles nada. Pero él no tiene la culpa. No tiene culpa, ni siquiera de la cobardía con que se portó conmigo, ni de haberme olvidado. El es un pobre hombre, bueno, que pudo haber sido feliz, y no lo es (Pausa)

V. FIRME.- Sí. Nosotros comprendemos eso. Pero también tú debes comprender que a nosotros ya no nos bastaría lo que tú ofreces. Y además, ¿cómo lograrías hacer que se case, si tú, según tengo entendido, no tienes influencia sobre él? Ni siquiera manera de comunicarte con él.

V. DE MUJER.- Yo le prometo que se casará. No me pregunte más.

V. RONCA.- No le hagas caso, te he dicho. Esta no puede hacer nada. (Pausa)

V. FIRME.- ¿Qué respondes a eso?

V. DE MUJER.- Que sí miedo cumplir lo que he dicho. Cualquiera de las dos cosas; bien llevarlo al matrimonio feliz para todos, o a la guerra abierta contra ustedes. Aunque eso signifique el manicomio.

V. FIRME.- Pruébanos que puedes comunicarte con él. (Pausa)

V. DE MUJER.- Bien. Se lo probaré.

V. RONCA.- ¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Ven acá!

V. DE MUJER.- (Más lejana) Quieren que les pruebe que puedo hablarle, ¿no?

V. FIRME.- Déjala, déjala. Vamos a ver que hace. -Sí, sí. Anda.

V. RONCA.- Mirala por donde se mete. ¿Quién le enseñó a ésta...? ¿Quién es el responsable...?

V. FIRME.- ¿Quieres callarte de una vez? Yo me encargaré de este asunto. Silencio. Escucha.

(A todo esto, Enrique, obligado por los nervios, había interrumpido su labor de empaquetar y se hallaba a la sazón sentado frente a la mesa, abatido)

V. DE MUJER.- (Por el altavoz al pie del proscenio) ¡Enrique! ¡Enrique! (Enrique se incorpora. Escucha en su interior) Soy yo, Enrique, María. ¿Recuerdas? Anoche estuvimos juntos. Anoche te acordaste de mí después de tantos años. Pero ya no me olvidarás, ¿verdad? Ya no nos separaremos nunca. ¿Verdad que no, amor mío? (Enrique sonríe tristemente. Pero de pronto se crispa y golpea sobre la mesa) No, no importa lo de hoy. Todo se arreglará. Yo te aconsejaré y todo se arreglará. (Baja de tono de voz, no de volumen, para dar la impresión de que le dice al oído) Sí, amor mío. Nunca he salido de tí. Ahora ya te conozco bien y te comprenderé mejor. Sí, amor mío, sí. Te amo. Yo estoy aquí contigo, siempre. No nos podemos ver pero podemos hablarnos. (gesto de Enrique como si quisiera comenzar a hablar, a pedir perdón) No, no hables. Piensa solamente. Yo lo oigo, tu pensamiento. Y el mío, ¿lo oyes? A ver, ¿qué te digo? (Pausa) ¿Oíste? ¿Qué te dije? Sí, amor mío, sí: Que te amo, que te amo. Hablémonos así, sin que nos oiga nadie. Pero bajito, piensa despacio... despacio... (Ha ido bajando de tono hasta hacerse imperceptible.)

(Más o menos a la mitad, o en la parte final, del discurso de la mujer, comienza a desarrollarse paralelamente a él, en tono bajo, de secreto, pero con volumen, el siguiente diálogo por los altavoces inferiores)

V. RONCA.- No comprendo. La oye. Aquí ha pasado algo.

V. FIRME.- Tenía razón. Esto cambia todo el asunto. Esa mujer puede echar a perder todos nuestros planes.

V. RONCA.- Yo ya me estoy imaginando quién fue el que la sacó de aquí. No va a haber ninguna necesidad de ponerle trampa, porque donde lo agarre lo descuartizaré.

V. FIRME.- No harás nada por el estilo hasta que yo lo diga. Mira, vas a dejar todo este asunto en mis manos. Yo lo comencé y yo lo terminaré. Confía. Las diversiones y aventuras las tendrás dentro de poco.

V. RONCA.- ¿Y qué vas a hacer?

V. FIRME.- Vamos a apoderarnos inmediatamente de todos los controles. Tenemos que bajar enseguida a hablarles a los tuyos para que estiren los nervios y estén atentos a nuestras órdenes.

V. RONCA.- Muy bien. Muy bien. Excelente. Estoy decidido a todo. ¿No te parece que debemos liquidar de una vez al cobarde ese y a la mujer?

V. FIRME.- ¡Vaya! Me alegro de que hayas comprendido que es necesario hacerlo.

V. RONCA.- Estoy decidido a todo.

V. FIRME.- No. Todavía no los vamos a liquidar.

V. RONCA.- Pero, se darán cuenta de lo que hacemos.

V. FIRME.- No te preocupes. Cuando se den cuenta ya estará todo en nuestras manos. Y a él no lo podemos dejar solo. Anda, llama a la mujer, o ve a buscarla. Y no te sorprenda nada de lo que diga o haga. Tú hazme caso a mí y pronto seremos absolutamente libres.

V. RONCA.- ¿La llamo?

V. FIRME.- Sí, llámala.

V. RONCA.- (Alto) Oye, tú, ven acá.

V. DE MUJER.- Me voy ahora... (Alejándose) pero volveré. Volveré. (Acercándose por los altavoces inferiores) -¿Se convencieron?

(Enrique, tranquilizado bastante por la voz de la mujer, prosigue su labor de empaquetar con nuevos bríos)

V. FIRME.- Sí, nos hemos convencido. Y, y aceptamos tu trato.

V. DE MUJER.- Es lo mejor que pueden hacer.

V. FIRME.- Pero... pero no conviene que devuelva el dinero. Por lo menos todavía.

V. DE MUJER.- No. El dinero tiene que devolverlo inmediatamente.

V. FIRME.- Pero no conviene todavía, mujer. Si no me crees a mí, pregúntaselo a... -Llama a ése de arriba.

V. RONCA.- (Alto) Oye, tú. Oye.

V. NERVIOSA.- (Por el altavoz delantero del techo) ¿Qué? ¿Qué quieres?

V. RONCA.- Que bajes.

V. DE MUJER.- ¿Para qué lo llaman?

V. FIRME.- Nadie mejor que él sabe lo que conviene. El te lo dirá.

V. RONCA.- ¡Baja!

V. NERVIOSA.- Sube tú, si quieres.

V. RONCA.- ¡Que bajes, he dicho!

V. NERVIOSA.- ¡Vete a dar órdenes a otra parte!

V. DE MUJER.- Sí, baja un momento, por favor.

V. NERVIOSA.- (Alejándose rápidamente para luego venir acercándose por los altavoces inferiores) Es peligroso. Yo no puedo abandonar mi puesto en estas circunstancias. -Buena, ¿qué quieren?

V. FIRME.- Queremos consultarte algo.

V. NERVIOSA.- Dáganme lo rápidamente. Yo no puedo abandonar mi puesto en estas circunstancias.

V. FIRME.- Mira, sucede que hemos decidido que devuelva el dinero.

V. NERVIOSA.- ¿Que devuelva el dinero? ¿Ahora? Pero eso no puede ser: Lo echarían preso. No, eso ya no puede ser.

V. FIRME.- ¿Ves?

V. DE MUJER.- Pero es que tiene que ser. Si no será peor. Cada vez será peor.

V. NERVIOSA.- Yo eso ya lo había advertido. Claro que cada vez será peor. Yo cedí solamente porque se me amenazó, y porque se me dijo que iba a ser la única vez.

V. DE MUJER.- Todavía es tiempo para volverse atrás.

V. NERVIOSA.- No, ya no es tiempo. Eso sería peligroso. Lo echarían a la cárcel, y yo tengo que evitar eso.

V. DE MUJER.- (Histórica) Pero es que si no, se marchará del país. Y tú me prometiste que me ayudarías a hacerlo volver al pueblo. Por su salud, ¿Recuerdas?

V. NERVIOSA.- Yo no te prometí nada. Si te solté de aquí...

V. RONCA.- Ya sabía yo que habías sido tú.

V. FIRME.- Calla.

V. NERVIOSA.- ¡Esta mujer no es solamente un recuerdo; ¡Es más; ¡Ha pasado a ser más que eso, parte de su vida, y tú ibas a terminar matándola; (Pausa) (Transición) -Si te solté de aquí anoche, aprovechando que estaba borracho, fue sólo para que le dieras ánimo. Tú no sabías nada del robo que pensaba hacer y yo supuse que de esa forma, con tu presencia, se le podía hacer olvidar un rato para que durmiera. Ya no aguantaba más los nervios. Iba a explotar de un momento a otro. Y también lo hice por tí. Para que puedas estar con él aunque sólo sea de esta forma. Porque yo sabía que se marchaba al extranjero después del robo. Incluso apoyé la idea.

V. DE MUJER.- Si ya no es sólo por mí. No me importa no ser más de lo que soy, acompañarlo sólo así, de esta manera. Es que... es que es por otros motivos... por su propio bien que tiene que regresar al pueblo, para casarse.

V. NERVIOSA.- Eso sería lo mejor, claro. Pero en el pueblo es donde primero se le buscará. Y la devolución del dinero es imposible, demasiado peligrosa. Yo no sé que se pueda hacer.

V. FIRME.- Pues, yo sí lo sé. Lo que te decía antes, mujer. Devolveré el dinero, pero todavía no, más adelante. Lo puede hacer desde el mismo extranjero. Es cosa fácil. Y después de cierto tiempo regresará. Irá al pueblo y se casará. ¿No te parece que eso es lo mejor?

V. DE MUJER.- ¿Cree que soy tonta? Cuando esté en el extranjero usted se encargará de que se encariñe con el lujo. Lo oí todo.

V. FIRME.- Pero recuerda que tú tienes un arma contra nosotros. Es por nuestro propio bien que cumpliremos lo que te digo. Es a nosotros a quien conviene que se case. ¿A tí que te parece?

V. NERVIOSA.- No sé de que hablan. Ni me importa. Lo único que me importa ahora es que no vuelva a cometer otra locura como ésta. Y su estado. Debo subir otra vez enseguida. Y ustedes, dejen a esta pobre mujer ir donde él. Necesita compañía. Es peligroso dejarlo solo. (Alejándose) Yo no sé cómo se atreven a distraerme, cuando es por el bien de todos que vigilo.

V. FIRME.- ¿Te has convencido?

V. DE MUJER.- Sí. Y no olvide que antes prefiero verlo loco que perverso.

V. FIRME.- No lo olvidaremos. Y ahora debes hacerle caso a ése y subir. Nosotros tenemos que ir más abajo.

V. DE MUJER.- (Sospecha?) ¿Qué van a hacer ustedes abajo?

V. RONCA.- Es un asunto de nervios. Ja, ja.

V. FIRME.- Ah, sí. Vamos a aflojarlos. Para que descanse. Haz que se acueste un poco, para que trate de dormir. Todavía no es hora de que llame al hombre del pasaporte. Y mucho cuidado con lo que le dices.

V. DE MUJER.- Cumpliré mi parte del trato.

V. FIRME.- Bueno, sube entonces. (Pausa)

V. RONCA.- Se ha ido. Yo no sé...

V. FIRME.- ¡Calla! (Pausa)

V. RONCA.- Ya se ha ido. No nos oye. Yo no sé lo que estás haciendo.

V. FIRME.- Enseguida lo sabrás. Ven, rápido, bajemos, tenemos mucho que hacer. (Pausa)

(Enrique ya había terminado de empaquetar y estaba otra vez poniéndose nervioso e inquieto)

V. DE MUJER.- (Por el altavoz al pie del proscenio) ¡Enrique! ¡Enrique! soy yo de nuevo. María. (Gesto de Enrique) Sí, amor mío, sí, descansa. ¿Per qué no te acuestas un poco? Un ratito nada más. (Enrique mira su reloj) Todavía tienes tiempo para descansar un rato. (Enrique enciende un cigarrillo. Mira el humo) Sí. Sí. Pero acuéstate. Apaga la luz. Apaga la luz. (Enrique apaga la luz. Se acuesta. La punta del cigarrillo brilla en la oscuridad. Por la ventana lateral entra el reflejo de un anuncio de colores que se apaga y se enciende) Ahora cierra los ojos. Están calientes. Te los ha dañado ese trabajo. Quitate los anteojos. Eso es. Ahora cierra los ojos. No pienses en el anuncio y no lo verás. (poco a poco su voz baja de tono pero crece en volumen, haciéndose un murmullo en voz alta y llenando todo el ámbito, porque ha ido invadiendo todos los altavoces del salón, de manera que el efecto envolvente es total. Al mismo tiempo va alejándose el reflejo del anuncio hasta desaparecer) Déjate ir. Descansa. Descansa. Y recuerda. Ven, dame la mano. Déjate ir. Yo te guiaré. Al pueblo, Enrique, al pueblo. Por aquí. Por aquí. Mira, allá, ¿ves? La iglesia. Es domingo. (Efecto de campanas por todos los altavoces) Ya sabes donde te espero, después de misa. (Alejándose hasta hacerse imperceptible) Después de misa, Enrique. En el mismo sitio de siempre. Después de misa. Después de misa.

(Va subiendo una luz, tenue al principio, de sueño, detrás de una de las mitades del fondo haciéndolo transparente. La habitación ha desaparecido totalmente. Es el campo. Sentados en una piedra o en el tronco de un árbol, Enrique y Tomás. Tomás viste muy bien. Enrique no usa anteojos)

ENRIQUE.- Se llama María. Nos vemos siempre los domingos, después de misa de nueve, en un recodo junto al río.

TOMAS.- Pues es mejor que te apures, porque esa terminó hace tiempo. Acaban de tocar a la otra.

ENRIQUE.- No. Primero tiene que visitar a unos familiares, y luego desprenderse sin que lo noten. Porque hasta el verse con la novia de uno está prohibido en este pueblo.

TOMAS.- No será para tanto, hombre. A mí me ha gustado mucho este pueblo.

ENRIQUE.- Porque sólo llevas quince días aquí, pero quédate a vivir y verás como empezarás a sentir las cadenas de prejuicios y de ignorancia.

TOMAS.- Si me gustaría quedarme. Claro, si pudiera. Por lo menos una temporada más. Seguramente el próximo año volveré a pasar mis vacaciones aquí.

ENRIQUE.- De vivir yo en la capital no vendría por aquí, pero es que ni aunque me pagaran.

TOMAS.- Ya pensarías otra cosa si vivieras allá.

ENRIQUE.- No creo.

TOMAS.- Es una vida agitada, pero tiene sus atractivos, sin duda. Yo no sé, chico, todo es cuestión de acostumbrarse.

ENRIQUE.- Debe ser muy agradable, muy alegre. Los anuncios de colores, la animación, la gente... ¿eh?

TOMAS.- (Sonriéndose) No sé.

ENRIQUE.- Por lo menos tiene que ser más agradable que aquí. ¿No sientes tú aquí como si estuviéramos presos? Como si pesara el aire, como si fuera sólido el cielo.

TOMAS.- No, no.

ENRIQUE.- Las montañas, todo me da la sensación de una cárcel, de ahogo.

TOMAS.- ¿Cómo sabes tú lo que se siente estar en una cárcel?

ENRIQUE.- Bueno, es un lugar encerrado. Entiéndeme.

TOMAS.- Sí, sí te entiendo. Pero no, a mí no me parece. Al contrario. Yo aquí me siento libre, con el alma de algodón, como una de esas nubes, hecho pura mirada, como diría el señor González.

ENRIQUE.- ¿Quién?

TOMAS.- El señor González, el oficial mayor de la sección donde trabajo.

ENRIQUE.- Las nubes de algodón. Ja. Yo una vez hice un poema...

TOMAS.- ¿Poeta?

ENRIQUE.- No. Pero una vez hice un poema. No te quiero decir con qué comparé las nubes.

TOMAS.- ¿Con qué?

ENRIQUE.- No. Yo no me siento así. En la capital, ahí sí que me sentiría libre. Libre para hacer lo que quiera, para no hacer nada.

TOMAS.- Para no hacer nada hay que trabajar mucho. Es otro pensamiento del señor González. Pero es cierto. Cuesta dinero el no hacer nada, cuesta trabajo. A mí me ha costado un año este mes de vacaciones.

ENRIQUE.- Pues libre para hacer dinero, libre para trabajar. En cambio aquí no, aquí no se puede hacer nada, Tomás. Nada, nada, todo está prohibido. Todo es superstición, atraso. La gente cree en fantasmas, en cosas raras. Tú no lo ves así porque no vives aquí, pero quédate un par de meses y verás.

TOMAS.- En fin. Ya sabes lo que te he dicho. Sólo tienes que decidirte.

ENRIQUE.- A lo mejor. A lo mejor me decido.

TOMAS.- (Ofreciéndole) ¿Quieres otro cigarillo?

ENRIQUE.- Bueno.

**TOMAS.-** (Se arrepiente, se saca el cigarrillo de la boca y lo bota) Anda, quédate con el paquete.

**ENRIQUE.-** No, hombre, no.

**TOMAS.-** Sí. A mí me hace daño.

**ENRIQUE.-** Bueno. Gracias.

**TOMAS.-** Te decía que si vas a decidir tienes que hacerlo hoy mismo. Yo salgo mañana temprano. Hazme caso, Enrique, aquí estás bien. Esta es una vida muy saludable. Yo mismo he venido aquí para reponerme. Se cansa uno allá, y el aire es un aire impuro, lleno de gasolina, que te quema los pulmones. Y además, tú aquí tienes a tus tías, a tu novia.

**ENRIQUE.-** Mis tías. Bah.

**TOMAS.-** Bueno, a tu novia.

**ENRIQUE.-** Por ella también quisiera irme, hacer un poco de dinero y regresar para casarme. Si no, no nos podremos casar nunca.

**TOMAS.-** En fin, piénsalo bien. (Mira su reloj) Ya se me hace tarde. Te veré después. Voy a ir a misa.

**ENRIQUE.-** (Extrañado) ¿Cómo? ¿Tú vas a misa? (Le han tocado un secreto a Tomás, se desorienta) ¡Pero será para ver a las muchachas!

**TOMAS.-** (Se aprovecha) Sí, eso es. Eso es. Bueno, te veré luego.

**ENRIQUE.-** Hasta luego, Tomás.

(Tomás hace mutis)

**TIA 1ª.-** ¡Enrique!

**TIA 2ª.-** ¡Enrique!

(Entran las dos tías. Enrique se ha sobresaltado)

**TIA 1ª.-** ¿Qué hacías aquí con ése?

**TIA 2ª.-** ¿No se te ha dicho que no te queríamos ver con ese pervertido?

**ENRIQUE.-** Pero si no hacíamos nada de malo.

**TIA 1ª.-** ¿Y esto no es nada de malo? (Por el cigarrillo que estaba fumando. La tía se lo quita) ¿O es que ya vas a tener vicios como ese figurín de la capital? Contesta. ¡Contesta, he dicho! (Le da un tirón de oreja)

**ENRIQUE.-** No señora.

**TIA 2ª.-** Y abróchate la camisa, indecente. Hasta en eso saliste a tu madre.

**TIA 1ª.-** ¿Ya fuiste a misa?

**ENRIQUE.-** Sí, señora.

**TIA 1ª.-** Se lo preguntaremos al párroco, y como estés mintiendo te vas a arrepentir.

**TIA 2ª.-** Ahora vete a casa a hacer algo, haragán.

**TIA 1ª.-** Y no salgas de ahí.

**TIA 2ª.-** Vámonos, hermana, que llegamos tarde a misa.

**TIA 1ª.-** A palo, a palo es que quiere este malagradecido. (Mutis. Enrique lo había hecho ya por el lado opuesto)

V. DE MUJER.- (Por todos los altavoces. En voz baja pero con mucho volumen) No pienses más en eso, Enrique. A nuestro sitio. Al río. Donde nos vemos siempre. Ven, Enrique, Al río. Como todos los domingos. (Efecto de río, de agua, por todos los altavoces. Permanecerá hasta el final de la escena) ¡Qué limpia, qué fresca está el agua; Déjala, déjala que te corra por la frente. Verás como te la limpia y te la deja como un espejo. ¡Ves! Así, así. (Se va haciendo transparente el otro sector. Es la continuación del mismo campo con algunas sugerencias de río y mucha piedra en que se refleja el múltiple parpadeo del agua) ¡Ves cómo se aclaran las cosas? No pienses más en tus tías. No siempre te tendrán así. En el fondo son buenas. Te recogieron cuando murió tu pobre madre. Eso se le debes agradecer, y debes soportarlas. Se darán cuenta de que tarde o temprano tendrás que tener tu propia vida. Y entonces nos casaremos, y seremos felices. Pero ahora ven, no faltes. (Vuelve a entrar Enrique por donde había salido y, cabisbajo y triste, sin saber que lo guía la voz, se dirige al sector recientemente iluminado) Aquí, aquí, junto al río. Ven. Ven.

(Entra María agitada y contenta, vestida de domingo. Se hace el oscuro en el primer sector con el fin de irlo preparando para la próxima escena)

MARIA.- ¡Enrique!

ENRIQUE.- Hola, María.

MARIA.- ¿Por qué estás tan triste?

ENRIQUE.- No estoy triste. (Pausa)

MARIA.- ¿Por qué estás tan callado, entonces?

ENRIQUE.- No estoy callado. Estoy... estoy triste.

MARIA.- Pero, ¿por qué, Enrique? Y yo que venía tan alegre. Este es el rato más alegre de toda la semana, ¿sabes? Este es el sitio más bonito para mí.

ENRIQUE.- Sí.

MARIA.- ¿Sigues triste?

ENRIQUE.- No.

MARIA.- Cuéntame qué te pasa.

ENRIQUE.- (Transición) ¡Que ya no aguanto más a esas viejas miserables; ¡Me tienen cansado; ¡Ya no las soporto; ¡No las puedo ni ver!

MARIA.- No las llares así. En el fondo son buenas. Te recogieron...

ENRIQUE.- Me recogieron cuando murió mi madre, yo sé. Eso tengo que agradecerlo, yo sé. Debo soportarlas, también sé eso. Pero ya no aguanto más. En el fondo no son buenas, son más malas todavía. No quiero que me digas esa historia de siempre.

MARIA.- (Pausa) ¿Te han pegado otra vez?

ENRIQUE.- No. (Se acaricia la oreja)

MARIA.- ¿Te han vuelto a halar las orejas?

ENRIQUE.- (Gesto que sí) ¡Ya no puedo más; Y no es solamente ellas, es todo este ambiente, me ahoga, todo. Uno tiene fuerzas dentro de uno, María, que deberían ser libres. Pero yo, yo me siento como mi propia cárcel, mi propio carcelero. Como si estuviera lleno de resortes comprimidos y fuera a explotar de un momento a otro. Explotar y hacer añicos todo este ambiente odioso, todo esto que me rodea... (Transición) Todo, menos tú, claro. ¡Oh, yo no sé!

MARIA.- Ten paciencia, amor.

ENRIQUE.- ¡Eué bonito suena eso!

MARIA.- ¿Qué?

ENRIQUE.- Eso: amor.

MARIA.- (Roja) Perdóname.

ENRIQUE.- No, no. Dímelo de nuevo. (Pausa. Ella no lo dice) Amor. Amor.

MARIA.- (Lo abraza de pronto, emocionada) ¡Oh, Enrique! (Pausa) Ten paciencia. Todo se arreglará. Tú verás.

ENRIQUE.- (Con otro sentido, más serio) Sí, sí. Todo se arreglará. Tengo algo muy importante que decirte, ¿sabes? Muy importante. No sé si te pondrás alegre o triste. (Pausa) Te pondrás triste, claro. Yo también me pondré triste.

MARIA.- Pero dime qué es.

ENRIQUE.- Antes dime tú una cosa. ¿Conoces a Tomás?

MARIA.- El de la capital, ¿no?

ENRIQUE.- Sí.

MARIA.- De vista.

ENRIQUE.- ¿Y qué te parece?

MARIA.- ¿Que qué me parece?

ENRIQUE.- Sí, ¿qué te parece? ¿Te parece que es elegante...? ¿O qué te parece?

MARIA.- Pues, no sé. No lo conozco.

ENRIQUE.- Pero, ¿Te gustaría que yo vistiera así?

MARIA.- Sí.

ENRIQUE.- Y, ¿te gustaría que yo te hiciera regalos?

MARIA.- ¿Para qué?

ENRIQUE.- Regalos. Los enamorados se hacen regalos. Algún pañuelo, algún perfume, de París, o una mantilla española. (Ve la tosca que lleva ella) ¿Te gustaría?

MARIA.- No.

ENRIQUE.- ¿No te gustaría?

MARIA.- No. No creo que se deba gastar dinero en tonterías.

ENRIQUE.- (Triste) Para mí no es tontería. Yo quisiera darte esas cosas. Yo...

MARIA.- Yo sé, Enrique.

ENRIQUE.- Lo que te quiero decir es que aquí en el pueblo nunca tendré dinero, no tendremos nunca dinero y no nos podremos casar nunca.

MARIA.- (Sospecha) ¿Qué era lo que tenías que decirme, Enrique? ¿Qué tiene que ver ese Tomás con lo que tienes que decirme?

ENRIQUE.- Nada.

MARIA.- Por favor, te lo suplico, dime qué es lo que me ibas a decir.

ENRIQUE.- No, ahora no. Esta noche, después del cine. Te veré en la refresquería.

MARIA.- No hagas nada sin decírmelo antes, Enrique, por favor.

ENRIQUE.- No. No te preocupes. Esta noche platicaremos mucho. Después del cine.

MARIA.- ¿No vas a ir tú?

ENRIQUE.- No. Tengo que hacer unas cosas.

MARIA.- Dicen que han traído una película muy bonita, en colores.

ENRIQUE.- No, no puedo ir. Tengo que hacer. Y además, no me gusta ir al cine. Me da rabia. (Pausa) Sí, sí me gusta, por estar contigo, cuando nos podemos sentar juntos. Pero me da rabia ver esas películas, ¿sabes? No sé si lo has notado, pero me da vergüenza que me veas que haya estado admirando cosas lejos de ti, de tu mundo, del nuestro. Cosas que no tendremos nunca. Y me duele que lo hayas hecho también tú. Pero yo, ¿cómo, mostrándote qué cosas, voy a retenerte a mi lado y decirte, en vez de ir al cine vámonos a hablar al parque?

MARIA.- Enrique, tú sabes que yo prefiero mil veces estar sola contigo, pero que no podemos, salvo ahora, los domingos, aquí.

ENRIQUE.- Pero, de todos modos, eso no quita que me sienta arder la cara de vergüenza viéndote ver cosas que no tendremos nunca.

MARIA.- No seas tonto.

ENRIQUE.- Y me da rabia entonces, cólera, y odio este pueblo, y quiero ganar dinero, irme de aquí, a la capital, para ganar dinero. (No se daba cuenta de lo que decía. Lo advierte y añade, calmado) Era eso lo que tenía que decirte.

MARIA.- (Voz baja) ¿Te vas a ir? (Enrique le quita la cara y hace un gesto que sí) No.

ENRIQUE.- ¡Se necesita dinero para vivir! ¡Compréndelo! ¡Es por el bien de los dos! ¡De esta manera terminaremos odiándonos! Terminarías enamórandote de un actor de cine. Y yo lo sabría.

MARIA.- No. No, Enrique.

ENRIQUE.- Sí, María. Tengo que irme. Será cuestión de un par de años solamente. Quizás sólo de uno. Apenas tenga dinero, no mucho, el suficiente para comenzar nuestra vida, regresaré, vendré por ti.

MARIA.- ¿Estás decidido entonces?

ENRIQUE.- No tenemos otro remedio.

MARIA.- Me olvidarás.

ENRIQUE.- Te llevaré dentro, María, te llevaré dentro. Todas las noches soñaré contigo.

MARIA.- Me olvidarás.

ENRIQUE.- Tú verás que no.

MARIA.- ¿Y qué vas a hacer allá? ¿Dónde vas a ir?

ENRIQUE.- Voy a trabajar, a hacerme independiente, a ganar dinero.

MARIA.- Pero ¿cómo? Eso no es fácil.

ENRIQUE.- Tomás me ha dicho que puede conseguirme un puesto en el banco donde trabaja. Es solamente por un par de años, María, mientras ahorro un poco.

MARIA.- ¿Lo saben ya tus tías?

ENRIQUE.- (Despectivo) Je.

MARIA.- (Le quita la cara) Mientras tanto, yo... aquí...

ENRIQUE.- (Llora) ¡Es que no aguanto más; ¡Quiero ser libre; ¡No aguanto más esta vida; ¡Yo no... pero es que no aguanto más;

MARIA.- (Lo abraza y lo consuela y le dice en voz baja, al oído, creyendo que su derrumbamiento era definitivo) No se necesita dinero para ser feliz, Enrique. (Se hace el oscuro paulatinamente y al mismo tiempo la voz de María vuelve a salir poco a poco por todos los altavoces) No, amor mío. No te vayas. Las ciudades se tragan a las gentes, se las comen. Tú perteneces aquí, a la provincia, conmigo. Seremos felices toda la vida, como lo somos ahora. ¿No eres feliz, Enrique? No, amor mío, no. No se necesita dinero. Con querernos como nos queremos basta. No, amor mío, no. Las ciudades se comen a las gentes. Y me olvidarás. No, ni por un par de años. Ni uno. Ni un día podré vivir sin ti. No. Dile que ya no quieres ese trabajo, que te arrepentiste, que tú no has nacido para trabajar en un banco. Las ciudades se comen a los hombres, Enrique. Se los comen vivos. Y tú no tienes por qué huir de tus tías. Ellas son buenas en el fondo. Se darán cuenta tarde o temprano... (Poniéndose histérica. La oscuridad total se ha hecho ya hace bastante rato) No, Enrique. No importa el dinero. No ahorrarás nada. Las ciudades son avaras, miserables. ¡No, no te vayas; ¡Llévame entonces; ¡No me abandones; ¡No te vayas; ¡Enrique; ¡Enrique; ¡Enrique; (con las últimas palabras se va alejando rápidamente junto con el efecto de río)

(Luces. Se hace transparente el primer sector. Representa ahora una oficina de banco con todo el ajetreo y movimiento natural, a cargo del director de escena. Entran Enrique y Tomás)

TOMAS.- Aquí es. Espera. (Se adelanta)

ENRIQUE.- Oye. Ven acá. (Se regresa Tomás) ¿Estás seguro de que me lo darán? ¿No pensarán que...?

TOMAS.- No te preocupes. Yo aquí tengo influencia. Espera. (Se adelanta y habla con el oficial mayor, el señor González. Hace algún gesto de referencia a Enrique y luego le hace una seña de que se acerque)

GONZALEZ.- ¿Qué sabes hacer?

ENRIQUE.- Buenos días, señor. Quería...

GONZALEZ.- Trabajar con nosotros. ¿No es eso?

ENRIQUE.- Sí, señor.

GONZALEZ.- ¿Qué sabes hacer?

ENRIQUE.- Pues... no sé.

GONZALEZ.- El que no sabe lo que sabe no sabe nada. Es un proverbio chino.

ENRIQUE.- (Le ha hecho una seña Tomás y recuerda) Ah, sí. Sé aprender.

GONZALEZ.- (Extrañado, vuelve a ver a Tomás) Es una buena respuesta. La apuntaré. (Lo hace, en efecto)

TOMAS.- El señor González es muy aficionado a la filosofía.